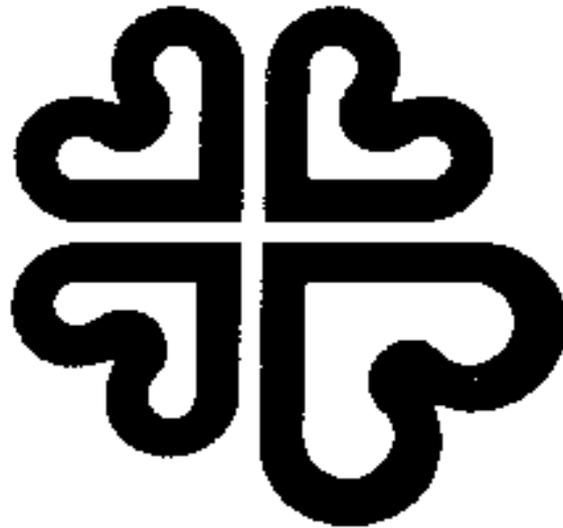


ENCUENTRO DE CÁRITAS DIOCESANA DE PAMPLONA-TUDELA 2003

José Enrique Ruiz de Galarreta, S.J.



Conozco personas pobres que distribuyen sonrisas.
Conozco personas que sufren que comunican alegría.
Conozco personas incomprensidas que saben comprender.
Conozco personas puras que conquistan con mirar.
Conozco personas pacíficas que caminan brindando paz.
Conozco personas bondadosas que a todos tienen algo que dar.
Conozco personas perseguidas que saben perdonar.
Conozco esas personas cuyo secreto es amar.

INDICE

PROPÓSITO

PARTAMOS DE LA PALABRA

* A mí me lo hicisteis

* Buen Samaritano/ Jesús, buen samaritano.

* El Tesoro.

* Las Bienaventuranzas

* Alimentar, vestir, cuidar... de la persona entera. Que todos descubren que son hijos, que Dios les quiere, que descubran a Jesús...

*El Padre Nuestro: el reino, su voluntad, el pan, la tentación...
La oración de los hijos que “nos atrevamos a decir”

FUNDAMENTOS EVANGÉLICOS DE NUESTRA TAREA EN CÁRITAS

PROPÓSITO

Mi propósito es ofrecer una reflexión sobre vuestro trabajo, que os sirva para vivir mejor. Siempre se vive mejor con más espíritu. Yo no puedo pretender otra cosa que ofrecer alguna consideración para que vuestro espíritu sea más fresco, más positivo y más parecido al de Jesús, porque en definitiva si algo nos justifica y algo nos hace felices desde dentro es nuestra identificación con Jesús.

PARTAMOS DE LA PALABRA...

*** A mí me lo hicisteis....**

Quisiera recordaros aquella palabra última - casi última - de Jesús, la última parábola del Evangelio de Mateo, y casi la última palabra de la vida pública de Jesús: es la parábola del juicio final: la hemos considerado tantas veces como una profecía de cómo serán las cosas al final, que a veces ignoramos o disminuimos el contenido más profundo y más importante; porque el juicio definitivo de Dios no es una cosa que sucederá, es ante todo una cosa que sucede, ¿Cómo juzga Dios?, ¿Cómo piensa Dios?, ¿Cómo separa Dios el bien y mal?, ¿Cuáles son los ojos de Dios?, ¿Cómo es su manera de mirar?. Y en esta imagen preciosa, en que el juez es Jesús, lo primero que aparece es que la manera de mirar de Dios es la manera de mirar de Jesús, o dicho de otra forma, que los ojos de Jesús son los ojos de Dios; que Jesús mira bien, juzga bien, porque juzga y mira con los ojos de su Padre y ,por consiguiente, es para nosotros algo así como una manera definitiva de discernir el bien del mal.

Esta última palabra del Evangelio de Mateo corresponde bien a aquella primera palabra del Libro del Génesis en que el ser humano se pierde porque quiere hacerse dueño del saber del bien y del mal en el paraíso. Pero es Dios el que sabe el bien y el mal, y es Jesús el que nos muestra cuáles son los ojos de Dios. Y resulta que la mirada de Jesús es revolucionaria, distinta, que nos pone patas arriba muchos criterios. La mirada de Dios no aprecia primero el culto, la mirada de Dios no aprecia primero la santidad personal, la mirada de Dios aprecia ante todo solucionar el hambre, la desnudez, la injusticia, el desamparo.

Esta última palabra del Evangelio de Mateo nos muestra, en síntesis, cómo divide Dios a las personas: a mí me lo hicisteis → eres de los míos: a mí me lo dejasteis de hacer → no eres de los míos. (Luego vendrá que pasará con los míos y con los que nos son de los míos). Pero en definitiva, la formulación profunda y definitiva de la religión en boca y ojos de Jesús es algo tan sencillo como esto: que Dios no necesita nada, pero sus hijos sí, y que si algo necesita Dios es tener hijos felices, como toda madre, como todo padre. Y esta es la esencia de la espiritualidad de Jesús. La palabra clave, la revelación- revolución, la esencia del mensaje de Jesús es Abba, Padre, porque

Jesús se siente como Hijo delante del Padre, porque lo es, y nos transmite esa cualidad de hijo. Y si padre, ama a sus hijos; y si padre, necesita que sus hijos sean felices; y si padre, todo lo que se hace a los hijos se le hace a Él.

Esta revolución de Jesús hace que esté en lo más profundo de nuestra esencia cuidar del mundo con ojos nuevos. Los templos quizás sean necesarios, los oros quizás sean oportunos, los inciensos quizás nos digan algo, los homenajes a lo mejor están en nuestra cultura, pero están de sobra en la esencia del mensaje, porque Dios no lo necesita, pero tiene hijos que necesitan muchísimas cosas.

Por consiguiente, nosotros que hemos recibido la esencia del mensaje, “eres hijo”, inmediatamente nos sentimos preocupados por las cosas que necesitan los hijos y por esta razón, sin duda, estáis donde estáis y estamos donde estamos. Es una parábola que define algo de lo más esencial de la función de la Iglesia: conseguir que esa “necesidad de Dios” se vea progresivamente satisfecha, que sus hijos sean tratados como tales, y a ser posible - y lo es - que lo sepan. Esta es una maravillosa parábola - síntesis, quizás la más perfecta, y la más inquietante y la que más nos solicita. Os pediría que nos colocásemos en aquel enorme escenario del juicio final, que es por supuesto fingido, fantástico, como todo el ropaje literario de la parábola y que digamos al Señor: “Señor nosotros te conocimos e hicimos milagros en tu nombre...” y que escuchemos la Palabra del Señor: “no es por eso por lo que sois míos; sois míos porque tuve hambre y me disteis de comer”, para que cambien profundamente nuestros criterios y se parezcan a los criterios de Jesús.

Esta parábola, por consiguiente, está enraizada en la definición de lo que somos nosotros la Iglesia y lo que sois vosotros, esta parte de la Iglesia que hace algo tan importante como dar de comer y dar de beber a los hijos de Dios.

*** Buen Samaritano/ Jesús Buen samaritano**

Pero esta parábola no es todo el mensaje. Uno de los errores que cometemos al leer el Evangelio es hacer una lectura reductiva, parcial y fragmentada. Tomamos un versículo aislado, descontextuado, y de ahí sacamos todas las consecuencias. No es correcto: la Palabra es el Evangelio entero, cada una de las palabras son pequeños caminos hacia la totalidad. Recojamos otras palabras para que completen y amplíen la parábola del Juicio Final.

Recordáis cuando aquel escriba le preguntó a Jesús cuál era el primer mandamiento, y Jesús le dijo que se lo sabía de memoria, que para qué le preguntaba aquello. El maestro de la ley le respondió que sí, pero que hay dificultades teológicas en la interpretación porque ¿quién es mi prójimo?, ¿es mi prójimo el samaritano, o es mi prójimo la mujer del emperador romano, es mi prójimo...? esto tiene muchos problemas. Y Jesús, sonriendo sin duda con aquella sonrisa, que nos imaginamos, medio profunda medio comprensiva, irónica, medio llena de humor, le dijo: “pues bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó...” aquella preciosa joya del Evangelio de Lucas. “Un samaritano, lo vio y se conmovió...”, y recordamos que ni ser sacerdote, ni ser levita ni ser hereje como el samaritano; que todo consiste en ser prójimo. Porque aquí hay un pequeño secreto que es fundamental:

“lo vio y dio un rodeo”
“lo vio y dio un rodeo”
“lo vio y ... se conmovió”

El secreto, el mismo secreto de Jesús. Haced un recorrido por los Evangelios buscando la palabra conmoverse, compadecerse, sintió pena, sintió lastima. Veréis que es una constante de las manifestaciones del corazón de Jesús. Haced un recorrido por los Evangelios buscando la personalidad, el perfil psicológico de Jesús, y veréis que una constante de esta personalidad, de este perfil psicológico, es que Jesús no puede ver una necesidad, un dolor, sin sentirse movido, profundamente movido, conmocionado, que significa movido desde lo más profundo para solucionar, se lo pidan o no.

Quiero pensar que los mendigos, los ciegos, la gente necesitada sabían este secreto, y quiero pensar que no es casual que cuando los ciegos de Jericó están viendo pasar aquella procesión triunfal de bienvenida al profeta de Nazaret saben el truco para detener a Jesús: “Jesús hijo de David ten compasión de nosotros”, palabra mágica que detiene en seco a Jesús y le hace acercarse

Con - padecer, se lo pidan o no se lo pidan. Recordáis a la viuda de la ciudad de Naim: sale un cortejo con el hijo muerto de una viuda y la viuda se va a quedar desamparada y sola. Jesús se cruza, nadie le pide nada, pero se conmovió profundamente y se acercó al féretro lo tocó - contrayendo impureza -, todo el mundo se paró y Jesús le dijo: “no llores”. Jesús es modelo de con - padecer, es decir de padecer con el otro, de encontrarse con el corazón en la misma situación del corazón del otro, propio de hermanos. Con - padecer no es simplemente sentir lastima; con - padecer es sentir profundamente como propio el problema de los demás. Pensad en una buena familia, en una familia donde hay hermanos y hermanas que se quieren, como nos queremos los hermanos y las hermanas. Si alguno de vosotros, los que estáis aquí, tiene un hermano en el hospital, no estáis aquí a gusto; vuestro corazón está dividido, La mitad está aquí, disfrutando del gozo y la alegría de compartir con todos éstos; pero la otra mitad del corazón está en el hospital con vuestro hermano: eso es con - padecer.

Y eso nos lleva a pensar que solamente se puede con - padecer es decir, tener un corazón fraternal, si se tiene un corazón filial: lo de ser hermano se lleva en la sangre, en la fraternidad de este mundo; lo de ser hermanos tal como nos lo dice Jesús se lleva en la sangre, en sentir profundamente en que eres hijo de ese Padre, ser querido por ese Padre y, por consiguiente, instalarse en el mundo de la fraternidad, que es el mundo en el cual los problemas de todos son mis problemas. Todo nace por consiguiente de creer en el Dios de Jesús que rompe todos los demás dioses. Sentirse hijos queridos es la esencial fundamental de nuestra conversión. No pocas veces cuando decimos que creemos estamos afirmando que asentimos a una serie de enunciados intelectuales, que aceptamos una serie de verdades, pero cuando decimos “creemos”, decimos fundamentalmente que le creemos a Jesús enteramente, que nos identificamos con él, nos sentimos hijos. Nos es tanto cuestión de mente como cuestión de sentimiento profundo: ¿cómo te sientes ante Dios?: como un hijo querido, por consiguiente, ¿cómo te sientes ante los demás?: como un hermano responsable que se compadece con todos.

Todo esto hace que cualquier noción de premio o de castigo estropee definitivamente nuestra relación con Dios y con el prójimo. Vosotros no trabajáis en la familia por premio o castigo, la madre no da la vida por sus hijos por que le castigan o

le premien sino porque quiere, y los hermanos cuando son verdaderos hermanos no trabajan unos por otros por premio o castigo sino porque se quieren. Así, cuando nosotros nos instalamos ante Dios en una relación filial, premios o castigos quedan absolutamente oscurecidos, despreciados. ¿Cómo voy a pedir a mi madre que me premie por ayudarle, cómo va a pedir una madre a sus hijos que le correspondan premiándole con cosas?. El servicio es una necesidad del ser humano, es una necesidad del amor, es sentirse mal sino se hace, es sentirse movido desde dentro. Así es el corazón de Dios, así es el corazón de Dios que vemos en Jesús, y ésta es nuestra motivación, la más íntima, la más profunda. Así que el secreto de nuestro trabajo en la Iglesia, de nuestra manera de seguir a Jesús, y de vuestros trabajos concretos, el secreto último es tener un corazón a sí.

Recordáis aquella jaculatoria antigua que era muy bonita y que la hemos abandonado como hemos abandonado tantas cosas antiguas simplemente por antiguas, sin darnos cuenta que son bonitas: “haced nuestro corazón semejante al vuestro”. Es una preciosa manera de entender eso que llamamos conversión: el secreto último de la Iglesia, y el secreto último de vuestro trabajo está en la conversión, en la conversión del corazón. Y “conversión” es una palabra que a veces utilizamos tan técnicamente, tan tópicamente, que ya no nos damos cuenta de que convertirse es sencillamente cambiar. Si buscan conversión en una enciclopedia encontrarán: “conversión: cambiar una moneda por otra”. Pues sí, perfecto, cambiar pesetas por euros, euros por pesetas, convertir una cosa en otra.

Recuerdan que en el Evangelio de Juan aparece muy pronto la palabra conversión en un acontecimiento muy bonito: las bodas de Caná, el agua convertida en vino, una cosa de poco sabor, convertida en otra de mucho sabor. Por consiguiente, esto es exactamente la esencia del seguimiento de Jesús: conversión del corazón, convertir un corazón de piedra en un corazón de hermano, convertir una vida sin sentido, en una vida rica, convertir el desierto en fuentes, convertir, cambiar. Y el cambio fundamental que se nos pide a todos nosotros, que se nos ofrece a todos nosotros como una posibilidad maravillosa, es cambiar de corazón, ir pareciéndose al corazón de Jesús, ir teniendo sus criterios, sus valores, sus sentimientos. Y en esto consiste el camino: seguir a Jesús es empezar a caminar para que el corazón se vaya cambiando.

Muchos de los que estamos aquí somos personas con mucha “juventud acumulada”, y algunas veces, esta juventud acumulada da la impresión de que se parece a los torrentes, que bajan de la montaña tumultuosos, preciosos, salpicando, rompiendo, arrastrando cosas, y que poquito a poco van bajando al llano y se van haciendo más mansos, y al final más abajo parece que ni se mueven. Si es así nuestra vida tal vez nos tenemos que pensar dos veces qué está pasando por dentro en nuestro corazón, porque a lo mejor tenéis la experiencia contraria. A mí que el Señor me ha permitido tratar con muchas personas de edad avanzada y de espíritu muy nuevo, he recibido la confianza - y es experiencia de muchos nosotros - de que no es verdad que la juventud corre mucho y que a los mayores nos apetece sentarnos, no es verdad más que en el cuerpo, no en el espíritu. Y que muchas personas han hecho un camino como el camino inverso de un río, y en su juventud han caminado muy poco, y en su edad mayor más, y cuanto más mayores más cambia su espíritu y tienen más ganas de servir y se acentúa su compasión y se acentúa su identificación con Jesús. Esta es la experiencia del milagro del espíritu, del milagro de la gracia, es la fuerza de la resurrección: Dios es capaz de poner de pie a los muertos. Y nosotros, seguidores de Jesús, a lo mejor en nuestra

juventud estábamos medio muertos, porque es posible que en la juventud el espíritu esté tan distraído que a lo mejor ni casi es espíritu; pues es igualmente posible, por el poder de Dios, que en la edad adulta, madura, que nosotros tenemos, nuestro espíritu libre de muchísimas otras cosas, esté más vivo que nunca y sea la mejor edad para convertirse, para cambiar el agua en vino, para hacer que nuestro espíritu sea más útil, más parecido a los criterios, valores y a los sentimientos de Jesús.

Y como veis me estoy deteniendo mucho tiempo en esto, porque esto es exactamente el motor de todo apostolado y de la Iglesia entera, porque como comprenderéis muy bien, la conversión o es global o no es verdadera. Aquí incido en algo que nos pasa mucho a las personas religiosas en general: la conversión por parcelas, es decir, la vida convertida a ratos, el tiempo dedicado a Dios en unos momentos y no dedicado a Dios en otros momentos, el servicio a la Iglesia de los prójimos como excepción de la vida. Nos puede suceder, hacer caridad y ser envidioso, ayudar al prójimo de siete a nueve y ser un gastador desde que me levanto hasta las siete, ser un murmurador total y envenenar los ambientes en los que estoy so pretexto de perfección, ser un prepotente y aprovecharme del servicio para ser alguien.... Todas estas cosas pasan, no os estoy diciendo que vosotros sois así, estoy diciendo que el ser humano es así, que somos así todos.

Y esto significa que a lo mejor no todos los fundamentos, las motivaciones, los valores son de Jesús. Por esta razón estamos profundamente invitados por la Palabra a la conversión plena. Probablemente los que tenemos tiempo para compartir, para ayudar estamos recibiendo en este tiempo el mejor regalo de Dios, porque nos hemos encontrado con una invitación cotidiana permanente a la conversión total. Porque es muy posible que haya personas en la Iglesia que viven con una espiritualidad del tanto por ciento. Me explico: a lo mejor habéis hecho esta pregunta a algún cura alguna vez, a mí me la han hecho varias veces: ¿padre, cuánto tengo que dar a los pobres?. Y la respuesta correcta sería: “usted me está preguntando una de estas dos cosas: o qué tanto por ciento de lo que me sobra tengo que dar para cumplir con Dios y quedar justificado, o qué espera Dios de mí”. Son dos cosas un poco distintas. Ante la primera respondo: “haga usted lo que quiera, no me preocupa nada, yo me dedico a lo de Jesús”. Si me pregunta que espera Dios de mí, la respuesta es muy sencilla: “¿cuál la medida de tu compasión? ¿Hasta qué punto te tocan los problemas de los demás?.

A los que por gracia de Dios, por circunstancias de la vida, se nos ha puesto en contacto con el mundo que necesita se nos ha dado esa respuesta y esa disyuntiva de manera muy fuerte. ¿Qué estamos haciendo?: ¿servir a Dios en un tanto por ciento para quedar tranquilo, o dejarnos llevar por ese maravilloso motor que movía el corazón de Jesús que es el com-padecer con todo hermano?. Ya sé que esta pregunta es excesiva, no la toméis en cuenta, pero no la toméis en cuenta es una manera muy sibilina de decir no os preocupéis: la levadura está puesta, os molestará, porque así es la conversión.

Vamos a hablar ahora de algunas parábolas de Jesús que a veces nos pasan desapercibidas y, sin embargo, pueden ser la esencia de nuestro corazón. He hablado de la levadura ¿Piensan ustedes que nosotros nos convertimos de golpe, que un día éramos blancos y al día siguiente por la gracia de Dios resultamos ser colorados?. Pues ustedes y yo tenemos que mirar a las parábolas vegetales de Jesús para ver cómo entiende Jesús la acción de Dios, y al mismo Dios. Porque Dios no es un señor que está arriba y lejos sentado en un trono, sino una pizca de levadura que se pone dentro de una masa y que

poquito a poco lo va cambiando todo. Cuando yo leí por primera vez conscientemente la parábola de la levadura, porque a veces la leemos inconscientemente, me acordé de mi tía M^a Josefa que hacía pan en casa, y me acordé que amasaba una gran masa, y luego metía una cosita misteriosa, y yo era pequeñajo y estaba con la nariz en el borde de la mesa de mármol de la cocina mirando aquellas cosas tan bonitas, y salpicándome la nariz de harina de vez en cuando. Mi tía envolvía aquella masa en una gran servilleta humedecida, y se marchaba. A la mañana siguiente esa masa se metía al horno y podía ser pan. Y yo me iba a la cama diciendo qué pasará esta noche, qué cosa más maravillosa, si no ha hecho nada, ha metido una pizquita de nada y dentro de esa masa grandota. Y le decía: ¿y si no metes eso? - Pues no se hará pan. ¡Qué cosa, qué maravilla, qué milagro!

El día que yo leí aquello me di cuenta de que también Jesús había estado en la mesa de la de la cocina de Nazaret, preemítanme el anacronismo, con las narices puestas en la tablita, viendo a su madre amasar la masa del pan y meter la levadura, y que Jesús siendo mayor y recordando esto, dice: así exactamente, así es Dios. Desde dentro hacia fuera, de noche, en silencio, calladamente, sin que se note, cambia la masa entera. Y es muy posible que la levadura que está actuando en vosotros es precisamente el contacto con las necesidades de los hijos de Dios, que os va cambiando desde dentro. ¿Sois iguales ahora que hace unos años cuando empezasteis a trabajar en esto, o esa levadura del contacto con los hermanos necesitados ha cambiado vuestra masa?, Pensadlo un poco y dad gracias a Dios porque seguramente ese cambio se ha producido.

*** El Tesoro**

Y todo esto, es una fiesta. Aquí si que quisiera quedarme un poco, porque a veces valoramos las cosas por lo que duelen, y, bueno, puede ser una valoración, pero Jesús va más lejos todavía. Jesús, que es especialista en coger las cosas por donde queman y dar la vida cuando haga falta, ha comparado siempre el Reino con una fiesta. El Evangelio de Juan, el más teológico de los cuatro evangelios, empieza en una boda. Leed un día despacio el Evangelio de las bodas de Caná y pensad en una serie de cosas: pensad que Jesús en una boda no disuena nada, ¿cómo disonaría en una boda la presencia de Juan Bautista, con sus pieles de camello, y que se lleva su ración de saltamontes para comer con los demás? ¿Cómo disonaría?. Pero Jesús cantando con sus amigos “Galilea patria querida” no disuena nada. Porque Jesús lleno de Dios es el dueño del tesoro, es el dueño de sentirse bien incluso tomando las decisiones más difíciles.

Lo nuestro es una fiesta de boda, ¡y qué bien lo dijo Jesús en la parábola del tesoro!: el hombrecillo que iba por un campo empezó a cavar sabe Dios para qué, ¡y pum!, ¡un tesoro, ¡cielos!, y se fue corriendo a casa, y cogió todo lo que tenía, y consigue el dinero suficiente para comprar aquel campo. ¡Qué listo el tío, que listo el tío!, ¡qué listo y que afortunado!. Y todos los que oían a Jesús, que era un narrador tan fenomenal, decían: ¡quién tuviese la suerte de poder encontrar un tesoro!. ¿Vendería usted todo lo que tiene? Claro que lo vendería ... ¡voy a comprar un tesoro!. El secreto está en que al que ha encontrado el tesoro no le importa tirar por la ventana todas las demás cosas que antes apreciaba tanto.

A veces creemos que para conseguir el tesoro hay que venderlo todo: “haced todas las renunciaciones posibles por que así conseguiréis el tesoro”. Jesús lo dijo al revés;

Jesús dijo que descubrir el tesoro es algo tan grande que ya no importa tirar por la ventana las demás cosas. Y la pregunta para vosotros - y para mí - es exactamente ésta: ¿habéis descubierto el tesoro?.

La espiritualidad de alguien que se entrega a una ayuda, a una colaboración, a una confraternidad, a una con - pasión, a un sentir suyo los problemas de los otros, es sentir que ya no se cambia por nadie, y que la pregunta de si eres feliz es posterior, es distinta: la respuesta es me siento tan bien así que de ninguna manera puedo cambiarlo por nada. Yo tengo un amigo que se dedica a inventar parábolas, es un hombre muy imaginativo y muy llano; el otro día me contó una que me gustó muchísimo, la parábola de los hongos: “al que ha comido un buen plato de hongos naturales ya para siempre todos los champiñones de bote le sabrán a plástico”. El que ha vivido en el servicio, la fraternidad, el esfuerzo, y la comprensión, cualquier otra manera de vivir, por muy fascinante que parezca en nuestro mundo, le sabe a plástico. El sabor de lo de Jesús es algo como un veneno total, es una levadura que te ha fermentado y ya no tienes remedio. Nuestra actuación no se basa en que hacemos cosas para ser premiados, sino que hacemos cosas para agradecer. Nuestra espiritualidad es respuesta, hemos recibido de tal manera que estamos deseando corresponder de alguna forma.

*** Las Bienaventuranzas**

Todo esto nos lleva a algo bastante profundo en nuestra espiritualidad: la felicidad. No sé si hemos recapacitado suficientemente y no sé si hemos insistido suficientemente en que el Evangelio es un notición: “comienza la buena noticia de Jesucristo el hijo de Dios” (Marcos 1). Y que esa especie de código fundamental al que apuntan Mateo y Lucas al principio de lo que llamamos el sermón del monte o del llano, es algo así como el código fundamental de Jesús. Si le preguntan al pueblo de la Antigua Alianza cuál es su código fundamental respondería sin duda que el decálogo, los diez mandamientos promulgados por Dios a Moisés en el Sinaí. Si nos preguntan cuál es el código de la nueva ley diremos que lo que Jesús pronuncia de parte de Dios en el otro monte, el monte de las bienaventuranzas. Y empieza por una palabra: bienaventurados, dichosos. Bienaventuranza es una palabra dulcificada como un animal domesticado en una vitrina. Dichosos, felices... permitirme leer las bienaventuranzas así:

Qué dichos seríais si os bastara con poco, si no estuviérais atados a tantas necesidades artificiales.

Qué dichosos seríais si supierais sufrir, porque sufrir es cosa de la vida, pero saber sufrir ya es otra cosa.

Qué dichosos seríais si supierais perdonar, cuánto más a gusto estaría vuestro corazón

Qué dichosos seríais si tuvierais un corazón limpio, en contra de tantas sabidurías populares que dicen “piensa mal y acertarás ...”

Qué dichosos seríais si tuviérais hambre de justicia, si no estuviérais conformes con tanta chapuza, si tuviérais fe en que se puede hacer un mundo nuevo y mejor, como creía Jesús

Y si además tuvieses que sufrir por todo esto, ¡cuánto más dichosos seríais.”

Estos son los ojos de Jesús, Jesús está hablando de cómo ser feliz. Naturalmente, con la felicidad posible con esta parte de la vida. A mí no me gusta hablar de esta vida y

de la vida eterna, me gusta hablar de la vida entera y ésta es la primera parte de mi vida entera, como cuando íbamos al colegio, eso era parte de nuestra vida. En esta parte de nuestra vida ¿hay posibilidades de felicidad?. Sí, relativas. Porque nosotros en definitiva somos peregrinos, caminantes, excursionistas, llamadlo como queráis, gente que anda y va algún sitio, y el que anda y va algún sitio nunca puede ser feliz del todo hasta que llega. Si vosotros hacéis un viaje, el objetivo es llegar y entre tanto algo hay pendiente. Si nuestra vida es camino y llegar a buen sitio, hasta que lleguemos al buen sitio nuestra felicidad nunca será completa y, por consiguiente, el bien y el mal no se determinan simplemente porque esto me haga feliz o me ponga muy contento, sino porque me siento muy bien porque esto es útil y válido, porque me lleva a donde voy.

Jesús esta hablando de que no estamos aquí para ser definitivamente felices, sino antes para ser útiles, para construir el Reino, y que haber descubierto eso, haber entregado la vida a construir el Reino, produce una felicidad distinta a las demás.

Hay dos felicidades en el mundo muy claras: una la que se recibe desde fuera hacia dentro; otra, la que nace desde dentro y va hacia fuera. La que se recibe desde fuera hacia dentro es la felicidad elemental y primaria a la cual aspira mucha gente, a la que aspira el niño cuando va de la mano de mamá y le pide insistentemente chuches porque quiere esa satisfacción y si no se la dan se siente triste y se siente triste porque desde fuera no ha recibido nada, y se siente triste porque de dentro no le sale nada. Y esta imagen infantil es la que predomina en básicamente toda la publicidad de todo el mundo y en prácticamente en todas las personas que nos proponen como mediocres modelos los medios que vemos todos los días: recibir mucho de fuera, condición fundamental para ser feliz.

Jesús sabe, no que eso sea malo, sino que hay algo mucho mejor. Que eso es poquita cosa. Eso es como si a ustedes y a mí, que estamos acostumbrados a los buenos alimentos de nuestra tierra, y sabemos lo que son los espárragos, y el ajoarriero y el cordero en chilindrón y tantas cosas, se nos quiera convencer de que una bolsa de pipas nos da la felicidad... Pues no. Ya hemos probado cosas muchísimo mejores. Y lo de Jesús es decir: dichosos vosotros si...., es decir, si os dais cuenta de que la felicidad sale desde dentro, y que cuando la felicidad sale desde dentro las cosas de fuera casi son indiferentes. Entonces habréis encontrado el secreto.

La felicidad plena y definitiva no la conseguimos nosotros ni teniendo cosas, ni haciendo cosas, es regalo de nuestro Padre. Yo no estoy aquí para ser feliz, sino para ser útil, y de mi felicidad ya se encargará mi Padre, y sé que estoy en buenas manos. Nosotros, por consiguiente, estamos intentando la manera más humana y divina de ser feliz en este mundo, y este tesoro nos lo han regalado, y por consiguiente, lo que tenemos dentro es gratuito, y me encanta que esto termine con una eucaristía, con una acción de gracias, para cantar al Señor sintiendo que nos quiere.

*** Alimentar, vestir, cuidar... de la persona entera. Que todos descubren que son hijos, que Dios les quiere, que descubran a Jesús...**

Finalmente una reflexión sobre nuestro trabajo: alimentar, vestir, educar, enseñar, cuidar, desde luego ... pero de la persona entera. Nosotros no estamos poniendo un parche a una situación inhumana; intentamos hacer que el sueño de Jesús sea realidad, que la gente pueda sentirse hijo y que lo sepan, que descubran que Dios les quiere, que descubran a Jesús, y así se descubran a sí mismos. Es toda una misión, es el más difícil toda vida. Está muy bien luchar por el buen trato de los animales, pero esto se termina con acabar con la crueldad; ya está, el animal no da más de sí. Un ser humano tiene muchas más posibilidades, un ser humano debe descubrir que es un hijo de Dios, debe descubrir que su Padre le quiere, debe descubrir que tiene destino, que tiene dignidad, debe descubrir que su vida tiene sentido, debe descubrir que su sentido se hace haciendo que los demás se realicen también, que él no es el término de una acción caritativa, sino alguien que está siendo enganchado a una acción fraternal.

Y, ¿cómo podrán descubrir que Dios les quiere, si nadie les quiere?. ¿No sienten ustedes esa tremenda contradicción?. ¿Cómo va a creer el mundo que sufre que tiene Padre y que le quiere? ¿Cómo va a creer?. Algunas veces en la pastoral de nuestro colegio me preguntan: ¿si yo le digo a un niño que Dios es padre y que le quiere, a un niño cuyos padres son un desastre y lo torturan? ... ¿qué le estoy diciendo?. No sé que hay que responder, pero éste es el problema. El que no ha sentido amor ¿cómo va a creer en el amor? El que no ha sentido amor humano ¿cómo va a creer en un amor divino? El que no ha sentido nunca la fraternidad ¿cómo va a creer en la posibilidad de un mundo fraterno?. En definitiva, aquella hermosa palabra de un libro de Arrupe: “hambre de pan y de Evangelio” es la mejor esencia de nuestra acción como Iglesia. Hay que dar pan, sí, y dignidad, sí, ... y hacer presente el amor de Dios. Es la misión más importante, la más comprometida de los que creemos en Jesús: hacer creíble que Dios es amor, hacerlo creíble. Tengamos en cuenta muy seriamente que probablemente sólo lo creerán si alguien les quiere. Diríamos que podemos afirmar de forma parabólica que Dios no está pero nosotros sí estamos, y la presencia de Dios sólo puede sentirse cuando hay alguna presencia que nos encamina hacia él.

Así se corona el sentido de nuestro trabajo. Si nosotros sabemos con –padecer estamos mostrando el corazón de Dios. Si nosotros no damos sólo pan, sino cariño, se puede sentir que el corazón de Dios es cariñoso. Si nosotros no estamos simplemente empleando satisfactoriamente nuestro tiempo libre, sino que estamos peleando por la dignidad de los hijos de Dios, esos hijos podrán creer que tienen Padre.

Porque ninguna de nuestras acciones tiene sentido alguno si no salen del corazón, como todas las palabras y las curaciones de Jesús, que nacían de un corazón filial y fraternal. Por eso podemos creer en Dios Abbá, porque hemos visto el corazón del Hijo. Por eso podrán creer otros en Dios Abbá: si ven en nosotros el corazón fraternal de los hijos.

EL PADRE NUESTRO: El Reino, su voluntad, el pan, la tentación...
LA ORACIÓN DE LOS HIJOS que “nos atrevamos a decir”